

JADE BEER

LOS OCHO VESTIDOS DE DIOR

Traducción de Montse Triviño


ESPASA

Capítulo 1

LUCILLE

JUEVES

LONDRES, OCTUBRE DE 2017

Podría fastidiarme estar aquí. A la mayoría de las mujeres de mi edad les fastidiaría. Para ellas esta tarea estaría hacia el final de su lista de cosas pendientes, entre «hacer la compra por internet» y «limpiar el baño». Las demás tareas de la lista acabarían satisfactoriamente tachadas, pero esta en concreto pasaría a la semana siguiente, puede que incluso a la otra. Harían una lista nueva y la tarea pendiente continuaría estando al final.

Y sin embargo, visitar a mi abuela es, para ser sincera, el mejor momento de mi semana, de cada semana. Lo espero con entusiasmo, igual que otras mujeres esperan con entusiasmo un cóctel o pasar una hora solas en el baño. La quiero más que a ninguna otra persona de este planeta. La abuela Sylvie ha sobrevivido al Concorde y a los almacenes Woolworths. En apenas dos horas de charla nuestros temas de conversación van desde el primer episodio de *The Archers* hasta la llegada a la luna, pasando por la muerte de Elvis y la coronación de la reina.

Incluso ahora me sorprende. Como aquella vez hace un par de meses cuando me propuso que jugáramos al

ajedrez. Me había fijado en el tablero, medio abandonado en un rincón de la salita sobre una elegante mesa antigua de patas curvas, pero me avergüenza admitir que siempre había pensado que era de mi abuelo y que mi abuela sencillamente no soportaba la idea de deshacerse de él.

Tardó unos doce minutos en ganarme: cuando yo aún no había empezado ni a calentar, su mente ya iba tres jugadas por delante. Así que quizá parezca muy vieja —y digo «parezca» porque estoy convencida de que ella no se siente así—, pero es más lista que el hambre. Por absurdo que suene, tengo que currármelo mucho para estar a su altura cuando voy a verla.

Me quedo de pie observándola con disimulo durante unos momentos mientras me pregunto qué escena se estará desarrollando tras sus párpados cerrados. Está sentada, como de costumbre, en su sillón orejero preferido, cerca de la chimenea abierta cuyas llamas se reflejan alegremente en el broche en forma de libélula que siempre lleva. Me pregunto si en lugar de mirarla debería correr a apartarla un poco de la chimenea antes de que caiga una brasa en la manta de ganchillo que tiene sobre las rodillas y se prenda fuego. Lleva una manicura perfecta, como siempre, y se aferra con sus esbeltas manos a los brazos de madera del sillón, pero la cabeza, relajada, le cae hacia atrás y tiene una leve sonrisa dibujada en los labios entreabiertos. Me pregunto adónde la habrá llevado hoy el subconsciente: ¿de vuelta a aquellas efímeras semanas en el París de la posguerra, cuando conoció a mi abuelo? ¿O tal vez a aquella calurosa tarde veraniega en que se casó con él en una pequeña iglesia de la campiña inglesa? En la repisa de la chimenea conserva una foto en blanco y negro de los dos, unidos en un beso. Siempre he pensado que era una opción extraña para

enmarcar: mi abuelo está de espaldas a la cámara, ligeramente inclinado sobre ella, pero él siempre insistió en que era su foto preferida de aquel día. Ella tiene los ojos muy abiertos, relucientes, y se ríe mientras se besan, como si no pudiera creerse lo afortunada que es.

Empiezo a quitarme en silencio el gorro de lana y los guantes, y los dejo en una mesita redonda de caballete que está al lado de la puerta por la que he entrado en la salita. Pese a mis esfuerzos, el tintineo de las llaves consigue que mi abuela abra un ojo. Es la única parte de su cuerpo que se mueve: es como un perro guardián que se prepara para enseñar los dientes si hace falta. Al darse cuenta de que soy yo, relaja los labios y sonrío. La sonrisa se va volviendo más amplia y cálida y, cuando llego a su lado, me siento como si estuviera contemplando el sol.

—Lucille, cariño. Ven a sentarte conmigo. ¡Feliz cumpleaños!

Hace ademán de incorporarse y me acerco otro paso para ayudarla. En cuanto la cojo, recuerdo lo poquita cosa que es, apenas un montón de capas de ropa calentita. Mientras la agarro, busco algo sólido bajo la lana. Intento no pensar en la batalla que esta mujer increíble y decidida no ganará nunca: su espíritu contra la fuerza del tiempo, ante la que su cuerpo sucumbirá algún día.

Me inclino hacia ella y le beso la piel suave de la frente. Pese al calor, la noto fría en los labios, y sonrío al ver la marca de pintalabios que le he dejado. Huele a humo de madera, pero también percibo la fragancia más delicada de las campánulas, el perfume que lleva desde que tengo uso de razón.

—¿Cómo estás, abuela? ¿Estás calentita aquí? ¿Esta mañana también ha venido Natasha?

Natasha es una mujer del barrio que viene a ayudar a mi abuela. Al principio solo eran unas horas para limpiar, pero con los años han ido aumentando y ahora mi abuela depende de ella para lavarse y vestirse. Natasha también le prepara la comida de todo el día y vuelve por la noche para acostarla. Mamá pone el dinero, pero yo me aseguro de pasar por aquí al menos tres veces por semana.

—Ah, no te preocupes por eso. ¿Qué se siente al cumplir, madre mía, treinta y dos? —Las palabras le salen temblorosas y el tono sube y baja, como si no pudiera controlarlo. Se le humedecen los ojos, castaños, y coge un pañuelo de papel para secárselos.

A pesar de que la habitación es muy grande, mi abuela ha organizado todo lo que puede necesitar en un cómodo radio de dos metros a su alrededor y lo ha reducido hasta convertirlo en un pequeño semicírculo en torno al fuego. Libros, las gafas, un platillo de porcelana de ceniza de huesos lleno de reveladoras migas de galleta, el mando de la tele, el teléfono, un cuaderno y un bolígrafo.

—Bueno, no puedo decir que me sienta muy distinta de ayer, pero... —Aparto unas cuantas revistas de la otomana que tiene a sus pies, me siento y le cojo la mano—. Mira, te he traído un poco de tarta de cumpleaños —le digo, mientras sostengo en alto una tajada de pastel envuelta en una servilleta para que la vea.

—¿Te ha comprado una tarta de cumpleaños? —pregunta. Se yergue y espera con interés mi respuesta.

—La he hecho yo, abuela. —Sonrío de forma exagerada, con la esperanza de que se centre en mi talento pastelero y no en...

—¿Te has hecho tu propia tarta de cumpleaños? ¿Al menos se ha acordado este año? —insiste, con una sonrisa que va desapareciendo.

—Está muy ocupada, las dos lo sabemos. Y yo tampoco esperaba nada. En serio, da igual. —Desenvuelvo el trozo de pastel y lo dejo en el plato de las galletas.

A mi madre, todo hay que decirlo, jamás se le ha olvidado que tenía hora en la peluquería. Semana tras semana, su *balayage* parece siempre recién hecho. Siempre está informadísima de todo lo que pasa en el mundo. Es la clase de mujer que ya ha optimizado su mañana antes de meter los pies en las pantuflas de borreguillo que todas las noches deja perfectamente alineadas junto a la cama.

—¿Una postal? —dice mi abuela, que no se rinde.

—Pues... no.

—¿Una llamada?

Ay, esto tiene mala pinta.

—Todavía no —contesto, con una voz que pretende sonar alegre—. Pero me llamará, abuela, lo sabes. En cuanto tenga un momento libre.

—Ay, Genevieve... —Deja escapar un suspiro de rabia mientras inclina la cabeza y fija la mirada de nuevo en el fuego, como si en parte ella tuviera la culpa de todo esto. De que a mi madre, casi con toda seguridad, se le haya olvidado mi cumpleaños por quinto año consecutivo.

—En serio, no pasa nada —reitero, en un tono que revela más optimismo del que siento—. Está otra vez de viaje por trabajo y nunca sabe muy bien en qué zona horaria está, ¿no?

Mi abuela me observa y veo la decepción reflejada en su rostro.

—Te mereces mucho más, Lucille.

¿En serio? No se me ocurre nada que me convierta en alguien especial, ni en alguien que merezca más cariño y atención que los demás. Hubo un momento pasajero, jus-

to al principio de la relación con Billy —mi último novio—, en que me pregunté si iba a suceder de verdad. Si iba a sentir que me había vuelto el centro del mundo para otra persona. Si al despertarme notaría una mano cálida en el muslo, encontraría en la mesilla de noche una taza de café recién hecho y una sonrisa que dijera «Quiero de esta vida lo mismo que quieras tú». Pero la realidad era mucho más mundana, y decidí que la mejor manera de gestionar mis expectativas era reduciéndolas de forma drástica. No esperaba gestos románticos. Mimaría mi propio ego, algo que nunca se me ha dado especialmente bien.

Mi abuela intuye que necesitamos una inyección de entusiasmo y da una alegre palmada.

—El sobre. En la repisa de la chimenea, cariño. —Señala un sobre con mi nombre garabateado en la parte delantera—. Es para ti.

Aquí llega el vale para libros que sabe que siempre agradezco.

Pero no, esta vez el sobre contiene una tarjeta en la que aparece la imagen de un elegante hotel. Debajo, impreso, pone: hôtel Plaza Athénée. Empiezo a leer.

¡Feliz cumpleaños, mi querida Lucille! Te vas a París a vivir una aventura. Visita lugares, haz cosas, conoce a personas. Y tráeme a casa algo muy querido..., algo que hace mucho tiempo que deseo volver a tener cerca.

Con todo mi amor,

Tu abuela Sylvie

Termino de leer y de inmediato vuelvo a mirar a mi abuela. Está ahí sentada y me sonríe con descaro, como si acabara de demostrar que es más astuta que el mismísimo MI5.

—¿Qué significa esto, abuela?

«Lo habré leído mal —me digo—. No puede estar hablando de París de verdad.»

—Yo diría que significa que te vas a París —dice, riéndose abiertamente—. ¡Mira! —Señala la mesilla auxiliar, en la que descansa otro sobre con la palabra *Eurostar* impresa en la parte delantera.

—Pero no puedo... —Lo cojo, saco el billete y me fijo de inmediato en la fecha de salida. Mañana. Viernes.

Durante un doloroso momento me pregunto si tiene intención de acompañarme. Pero no es así, claro. Dentro de unas semanas cumple noventa años y apenas sale del triángulo formado por su casita en Wimbledon Common, la iglesia del barrio y el ayuntamiento, donde es una asidua de la noche de cine y del club de lectura.

—Es imposible. Tengo que trabajar y... oh, no, no quiero que pierdas el dinero, abuela. ¿Has preguntado si te devuelven el dinero o si se puede cambiar la fecha, al menos?

—No tengo intención de pedir que me devuelvan nada. La reserva la hizo Natasha y dudo que se le ocurriera preguntarlo —dice mi abuela, mientras hace un gesto vago con la mano.

Sabe que me tiene, que ha ganado.

—O sea, ¿quieres que me vaya a París? ¿Yo sola?

Puede que un viaje en solitario sea justo lo que necesito. Un poco de tiempo para pensar qué estoy haciendo exactamente con mi vida y formularme esas preguntas difíciles que siempre evito. ¿O tal vez no? Tal vez solo necesite unos días para no pensar en nada de todo eso.

—¡Así me gusta! ¡Sí, es justo lo que quiero! —Y, tras esas palabras, lanza su minúsculo puño al aire.

Observo de nuevo la tarjeta. Hay treinta y dos besos

bajo el nombre de mi abuela, uno por cada año que cumpla, lo cual le habrá llevado un buen rato teniendo en cuenta lo mucho que le cuesta sostener el bolígrafo de un tiempo a esta parte.

Puede que todo esto no sea más que un elaborado plan por parte de mi abuela. Enviar a Lucille a París, alejarla un poco de ese aire tóxico que respira. No permitir que pase otro cumpleaños pidiendo comida a domicilio y viendo Netflix (como si eso tuviera algo de malo). Arrojarla a los brazos de algún atractivo francés. Por desgracia, mi abuela olvida un detalle: que no he heredado de ella esas facciones perfectamente simétricas, ni su cintura de avispa ni esa confianza en sí misma que parece irradiar en los retratos en blanco y negro que adornan la repisa de su chimenea.

Al darse en cuenta de que no me estoy tomando todo esto demasiado en serio, aprieta con fuerza los huesudos dedos que descansan sobre mi mano.

—Necesito que vayas. Tienes que hacer una cosa por mí, Lucille.

Y, sea lo que sea, sé que voy a decir que sí, porque adoro a mi abuela. Haría cualquier cosa por verla feliz durante el tiempo que aún nos quede juntas.

—Hay un vestido, el Maxim's, que diseñó Dior. Se lo presté a una querida amiga hace muchísimos años y, ahora que ha fallecido, me gustaría mucho recuperarlo. Lo tiene su hija Véronique. Te he escrito la dirección en el reverso de la tarjeta. Apartamento 6, rue Volney 10, 75002. —Cuando quiere, mi abuela tiene una memoria envidiable—. Te está esperando.

—¿Un vestido de Dior? ¿Te refieres a Christian Dior?

Mi abuela siempre ha tenido muchísimo estilo y se ha mantenido fiel a una paleta de tonos negros, azul mari-

no, crema y caramelo. Nunca ha abusado de los accesorios ni del maquillaje. Sin embargo, me resulta difícil encajar una carísima prenda de alta costura con los elegantes pero económicos trajes *prêt-à-porter*, vestidos y prendas de punto que hoy cuelgan en su armario, un espacio en el que algo como un suéter de cachemira parecería una extravagancia innecesaria.

—Sí, el mismo.

No está presumiendo, más bien está afirmando un hecho como si fuera algo completamente lógico.

—Pero... ¿de dónde sacaste tú un vestido Dior? Debe de costar...

—Un ojo de la cara, sí, pero no hace falta hablar de eso, Lucille. La cuestión es que quiero volver a tocarlo. Para mí tiene mucho más valor que el precio que se le pueda poner. Bueno, te he reservado dos noches, pero no me importa en absoluto que alargues la estancia. Es más, me alegraré si lo haces. —Y, con eso, zanja la discusión.

Así que, según parece, mañana me voy a París..., cosa que mi sonrisa confirma. ¿Qué puede pasar? Recojo el vestido, veo unos cuantos monumentos, me pierdo un poco en la ciudad del amor, doy en redes sociales una imagen de mí misma mucho más aventurera de lo que en realidad soy y vuelvo a casita. Empiezo a sumar mentalmente todos los días de vacaciones que me deben en el trabajo mientras observo cómo mi abuela se acerca la tarta a los labios y come con satisfacción un enorme bocado mientras me lanza una discreta mirada de reojo y celebra el calculado éxito que acaba de conseguir.

Una cosa está clara: esto no va solo de devolver un vestido que, después de tantos años, dudo que vuelva a ponerse. Solo es un vestido, aunque sea muy caro. ¿No

podía pedirle a esa tal Véronique que se lo enviara y ya está? Mi abuela está tramando algo. De eso no me cabe duda.

Y así es como terminé un viernes por la tarde en el vagón C del Eurostar que salía a las 15:15 de St. Pancras con destino París, celebrando mi reciente cumpleaños con una copa de champán y un petisú. Los titulares de la prensa me parecen de lo más aburrido —el príncipe Enrique se retira del mercado, Catalina y Guillermo esperan su tercer hijo—, así que reclino el asiento y me preparo para pasar dos maravillosas horas con *Claire se queda sola*, de Marian Keyes, y justo entonces, con treinta y seis horas de retraso, me llega el mensaje de mamá.

Sí, ya sé que el mensaje llega tarde, pero tengo un buen motivo. He estado pensando mucho en qué regalarte este año. Y, en vista de que no puedo competir con París, he ingresado dinero en tu cuenta. Más de lo habitual. Cómprate lo más mono que encuentres.

Mi abuela debe de haberla llamado. No puedo evitar fijarme en que no ha utilizado las palabras *feliz cumpleaños*.

Supongo que se llevará una decepción, pero no creo que vaya a comprarme nada mono en París. Soy una persona que, las pocas veces que viaja, piensa siempre en la comodidad. Es algo que mi madre jamás ha enten-

dido: a ella le parece lo más normal del mundo subir a un avión con una falda de tubo que corta la circulación y unas medias con costura. Yo soy más bien de pantalones de chándal y capas amplias, de no llevar sujetador pero sí camiseta de tirantes para mantener las cosas en su sitio. Dudo mucho que mi madre haya pronunciado jamás la palabra *chándal*: la simple idea de poseer una prenda de esas características sería para ella una grave ofensa. Recuerdo la última vez que quedamos delante de su oficina, después del trabajo. Como es natural, ella fue la última en salir, ignorando por completo la hora a la que habíamos quedado. Cuando por fin apareció, me di cuenta de que vestía exactamente el mismo traje de ejecutiva que las demás mujeres que habían salido antes, solo que el suyo —en concordancia con su veteranía— era más caro. Todo resultaba muy andrógino, un mar de mujeres privadas de color y feminidad. ¡Cuánto negro! Ni siquiera los bolsos eran bonitos: eran grandes maletines de aire formal, con cadenas o cierres metálicos, o hechos de piel de animal desagradablemente teñida. Más que accesorios, parecían armas. Me habría encantado ver emerger a mi madre como una mariposa entre avispas, pero no. Para ser una de ellas, tienes que parecerte a ellas. Qué deprimente. No pude evitar pensar en que aquellas mujeres representaban supuestamente el éxito, la riqueza y los logros, pero aquel día supe que no quería formar parte de su conformismo. Tal vez tendría que haberme sentido como un bicho raro allí de pie, vestida con la vaporosa falda de raso en tono crema que muchas mujeres reservarían para el día de Navidad, pero al verlas salir del edificio como una comunidad de hormigas obreras idénticas, me sentí libre.

Dicho lo cual, esto es París, así que como es lógico

esta vez me he esforzado un poco más. Una camiseta Breton recién planchada, que ni ella misma sabe si es masculina o femenina, medio remetida por dentro de los mejores vaqueros que tengo, los que me quedan bastante por encima de las caderas. Y en el tren me he sentido cómoda, porque no había nada que me molestara ni se me clavara en la cintura, pero al llegar a la Gare du Nord, donde me arrastra una marea de personas bien vestidas que vuelven a casa después del trabajo, admito que mataría por unas gafas de sol. Tampoco es que me conozca nadie en París, pero necesito esconderme bajo la capa del anonimato. Por si acaso a alguien se le ocurre preguntarse quién es esa que arrastra una maltrecha maleta de ruedas y un par de bolsas de WHSmith en un vestíbulo por lo demás inmaculado.

¿Cómo es posible que algo tan gris sea al mismo tiempo tan bonito? Los últimos rayos de sol tiñen el París vespertino y es como si alguien hubiera atenuado las luces de toda la ciudad. Los elegantes bloques de pisos que ocupan la manzana lucen hileras de contraventanas idénticas en tono crema, cuya regularidad interrumpen tan solo las majestuosas puertas dobles de atrevido rojo, intenso verde salvia o reluciente negro. Todo parece excesivamente apretujado. Algunas de las paredes de piedra que veo en mi camino, ennegrecidas después de tantos años de acumular suciedad y contaminación, se hallan junto a las inmaculadas boutiques de moda cuyos escaparates invitan a entrar a quienes ya adelantan las compras de Navidad. Uno de esos escaparates muestra gigantescas réplicas hechas de pan de jengibre que representan los monumentos más famosos de París: Notre

Dame, el Arco de Triunfo, la Torre Eiffel... Todos glaseados y cubiertos de dulces, rodeados de maniquís ataviados con vestidos de fiesta.

Mientras busco un taxi libre, los balcones de hierro forjado me ofrecen pistas del día parisino que está tocando a su fin. Siete pisos más arriba, una bici descansa sobre la rueda trasera hasta que alguien vuelva a bajarla mañana por la mañana para ir una vez más al trabajo. Un hombre solitario, vestido de pies a cabeza con ajustadas prendas negras, contempla la ciudad desde las alturas, fumando, con la mirada fija en la cada vez más desdibujada línea de los rascacielos, como si estuviera trabajando en su último poema. Una mujer que lleva unos botines de vertiginoso tacón sostiene una copa de vino en la mano y un teléfono en la otra, y la imagino coqueteando con su amante.

Gracias a la insistencia de mi abuela, y a su financiación, me alojo en el hotel de la tarjeta, el Plaza Athénée, que, según ella misma me ha dicho, «está justo enfrente de Dior», aunque tampoco es que tenga intención de dejarme caer por ahí. Mientras mi taxi avanza pesadamente entre el tráfico de la hora punta, me fijo en que los árboles que flanquean las avenidas ya han perdido las hojas, que ahora cubren los adoquines como si de una alfombra de bronce se tratara. Los turistas se esfuerzan por esquivar no solo a los atribulados parisinos que vuelven apresuradamente a casa, sino también las interminables obras que parecen estar cavando un agujero en el corazón mismo de la capital. Donde antes florecían grandes avenidas comerciales ahora se abren grandes espacios, que nos obligan a desviarnos varias manzanas. Mientras esperamos en un semáforo provisional me fijo ahora en la obra de un edificio en demolición: solo que-

da una arcada histórica que se aferra con gesto desafiante a la vida al tiempo que, a su alrededor, todo es destruido. Veo un mosaico de edificios cubiertos temporalmente por lonas mientras los remodelan, como si fueran gigantes regalos de Navidad a la espera de que alguien los abra y los admire.

Cuando nos detenemos delante del Athénée recuerdo las palabras de despedida de mi abuela: «Fíjate en los toldos rojos de las ventanas». Y los veo: cada una de las ventanas que dan a la avenue Montaigne —y debe de haber por lo menos cincuenta— tiene uno de esos toldos, y el efecto es tan bonito que me quedo sin aliento al bajar del taxi. Justo entonces llega un portero que me recibe con la frase «Bienvenida a la avenida de la moda», y constato con alivio que alguien se está encargando ya de mis bolsas rotas y sucias.

Estoy sentada en el borde de mi suntuosa cama de matrimonio con dosel, en una habitación repleta de claveles rojos, y percibo los miles de posibilidades que parecen resplandecer en el aire, al otro lado de la ventana. Tengo la sensación de que si salgo al balcón que circunda mi enorme suite, podría levantar una mano en el cortante aire nocturno y arrancar un poco de esa buena suerte. A saber cómo ha conseguido mi abuela pagar este hotel: estoy muy por encima de la locura de las calles parisinas, de los bocinazos, del interminable ajeteo cotidiano de la ciudad, de los coches que meten prisa al de delante... Estoy casi tocando las estrellas, donde todo parece ingrátido. Quiero salir. Quiero ser esa mujer. La que lanza su maleta sobre la cama y se adentra en una ciudad desconocida sin saber muy bien adónde va, pero convencida de que será emocionante.

Por una vez, y no lo digo a la ligera, quiero ser un poco como mi madre. Ahora mismo ella estaría en la recepción, con el mapa desplegado sobre el mostrador y sin preocuparse siquiera de la cola que pudiese estar formándose detrás de ella, exigiendo una exhaustiva lista de todo lo que esta ciudad puede ofrecer. ¿Por qué no hago lo mismo? Quiero hacerlo, lo deseo de verdad. Tal vez porque no sé cómo hacerlo. De repente mi propio mundo me parece increíblemente pequeño. En esta ciudad desconocida me siento como un pez fuera del agua.

Tal vez pueda empezar por las cosas más fáciles. Llamaré al servicio de habitaciones y pediré un *croque monsieur*. Después tengo que enviarle un correo a Véronique para asegurarme de que aún le va bien que nos veamos esta noche. Ocuparme de la logística.

Mientras estudio la extensa carta del servicio de habitaciones, hay algo que me carcome por dentro. La expresión del rostro de mi abuela cuando ayer me hablaba de París. La forma en que se le iluminaron los ojos cuando hablaba de este hotel, como si lo conociera muy bien. ¿Por qué nunca me he molestado en indagar un poco más en el breve periodo que pasó aquí con mi abuelo? Me prometo preguntárselo en cuanto vuelva.